

ÍNDICE

EXILIO – 7
ENTUSIASMO – 17
NO SOLO DE PAN SE VIVE – 27
AMEBA PERFUMADA – 37
MILAGRO – 43
RECUERDOS DEL COMIENZO – 53
CABALLOS SALVAJES – 61
LA VIDA ES UN SUEÑO – 73
LA TIERRA AJENA, EL DOLOR ES INMENSO – 85
MANADAS DE DELFINES – 91
¿CÓMO ESTÁS? – 101
AL LÍMITE DEL TIEMPO – 115
MUJER PÁLIDA – 127
¿DEBERÍA MORIR EL VIEJO MANDARÍN? – 145
MUERTE – 159
PERRO VIEJO – 169
ACOMPAÑANTE – 179
CONVERSACIÓN CON UN AMIGO – 191
MAÑANA DE VICTORIA – 199
EPÍLOGO – 207

LA ISLA

MEŠA SELIMOVIĆ

TRADUCCIÓN DEL SERBIO Y NOTAS
DE MIGUEL ROÁN



EXILIO

La casa se encontraba en una punta de la isla, en un pinar poco abundante, bastante cerca del cementerio, lejos del pequeño pueblo pesquero. En este lugar junto al mar, brillante en verano, sombrío y gris en invierno, la pareja vivió mucho tiempo, una sucesión de años demasiado larga. Podían haber olvidado todo lo sucedido, porque fue hace mucho, pero no lo olvidaron; estaban sentenciados a recordarlo.

A él le pertenecían la red, la barca, los peces, la palabra, la tristeza, la rabia y el deambular por la isla.

A ella, cocinar, limpiar, las flores, las gallinas, el piano con el que soñaba, el padecimiento y los recuerdos sentidos.

Él odiaba el pescado y decía: «Mañana comeremos pollo». Ella era más sensata y replicaba: «Mejor pescado».

Él salía en barca, lejos de la isla, mar adentro, se sentía solo y libre, o iba al bosque, hacia la oscuridad, hacia la noche; disfrutaba cuando había tormenta, viento y olas, y recitaba discursos que nunca serían pronunciados, lanzaba alguna palabra al viento, algún grito, alguna frase truncada y sentía más de lo que expresaba.

Una noche ella llevaba un peinado español y unos aros. Hacía treinta y cinco años había tocado, con ese peinado

y esos pendientes, una mazurca de Chopin en una fiesta benéfica; el alcalde estaba encantado, le hizo una carantoña. Había tocado esa mazurca a menudo, en muchos eventos, en cualquier festivo, delante de toda la gente respetable de la ciudad. Por eso gozaba al rememorar recuerdos tan bellos de una época en la que vivió intensamente. Por eso apenas podía esperar a que él se marchara a la playa o al pueblo. Entonces se sentaba en el borde del taburete y, con los dedos entumecidos, recorría el filo de la mesa de la cocina imaginando un teclado y el sonido del piano, y a los distinguidos invitados que la escuchaban. Se mecía como un espectro al ritmo de una música soñada, muy suavemente, con los ojos cerrados, y esperaba ese aplauso lejano como un sentido que no perdía su significado incluso después de tantos años, e imaginaba que multitud de miradas se posaban en ella con admiración. Era tan hermoso que le daban ganas de llorar.

¡Oh, lo que ella podría haber sido!

¡Oh, lo que él podría haber sido!

El destino no se lo concedió, la vida se lo impidió.

Al otro lado del mar, en medio de la noche, la ciudad brillaba con miles de bombillas.

Se sentaron separados, mirando la ciudad.

Una cigarra chirriaba debajo de una piedra, un búho ululaba en el olivar bajo la colina.

Él odiaba su corte español, peinado hacia atrás, que le marcaba las raíces blancas; se ponía loco de rabia cuando la veía. Especialmente justo después de sus discursos; más tarde se calmaba.

A menudo tenían la misma conversación y era bueno que pudieran hablar de cualquier cosa.

—Ese peinado te queda horrible —decía sin tapujos, reprimiendo la ira, postergándola: era una lástima que la

conversación terminara de inmediato; mejor que pasara algo incómodo a que no pasara nada.

—Me queda bien —respondía ella con paciencia. Y así lo creía. Nunca perdía los estribos, prefería ser una mártir.

—Estás hecha un cuadro.

—Tienes la mirada sucia. Y los pensamientos. Por eso nada te parece bonito.

—Has envejecido. Te tiñes el pelo para que no se noten las canas.

—Todas las mujeres se tiñen.

—No todas. Solo aquellas que quieren ocultar algo. Tú quieres esconder la vejez.

—Me teñí el pelo por ti. Para ser la misma de entonces.

—Nada puede ser igual.

—Yo tocaba Chopin, tú me mirabas, me escuchabas, como los demás. Estabas impresionado. Todos estaban encantados. Todavía veo sus ojos brillar.

—Ya no brillan.

—Siguen brillando, nada ha cambiado.

—Murieron casi todos.

—Todo se conserva en mi memoria.

—¿Te gustan los fantasmas?

—No me gustan los fantasmas. Me encanta lo que fue.

—¡Cámbiate el peinado!

—¿Por qué, querido?

—No me llames querido.

—¿Por qué, querido?

—¡Que te pongas un peinado normal!

—Esta noche se cumplen exactamente treinta y cinco años de aquel concierto.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

—Eso es todo lo que me queda.

—No te queda nada.

—¿Quieres un poco de vino, querido?

—No quiero vino.

—Te animará un poco.

—No quiero que nada me anime. Quiero que me resulte duro.

—Tenemos una garrafa hasta arriba. De tinto. La conseguí a cambio de un vestido viejo.

—Tienes una pinta horrible. Nunca tocaste bien.

—No seas malo. Tenía mis pasiones.

—Me equivoqué contigo.

—Y yo contigo, querido.

—Lo dejé todo por ti.

—Dejaste lo que querías, yo dejé lo que tenía.

—Querías esta estúpida casa.

—Queríamos, querido.

—No tenemos a dónde ir ahora. Estamos atados como a una tumba.

—Estamos mirando la ciudad. Todas las noches.

—Podría haber sido político en la ciudad si no hubiera sido por ti.

—Tú no podrías haber sido político, eres demasiado impulsivo.

—Soy un buen orador.

—Solo hablaste una vez en el consejo. Dijiste tres palabras.

—No me reconocerás nada.

—¿Qué me reconoces tú a mí?

—Me exprimiste, me has hecho polvo. Nos separaremos.

—Como tú quieras, querido.

—No te daré a los hijos.

—Los hijos son míos.

—Que decidan ellos.

—¿Están bien los hijos, querido?

—Están bien.

—¿Y los nietos?

—Los nietos están bien. Han crecido. Van a la escuela.

Estudian con ganas.

—Con los hijos es divertido.

—¿Por qué no quisiste acompañarme a la ciudad, querida?

—Estaba enferma, querido. Sabes que me dolía el pecho.

Y también tenía un cólico.

—Me acuerdo.

—Tú tampoco deberías haber ido.

—Quizá tengas razón.

—No te dejaré ir la próxima vez.

—¿Por qué no les gusta cuando vamos?

—Cuando voy les encanta.

—El año pasado volviste enseguida. Como yo ahora. Te escapaste.

—Parecen indiferentes. Parecen enfadados. No tienen espacio, dicen. No tienen tiempo, dicen. Estáis mejor en la isla, dicen.

»Están felices de vernos marchar.

—¿Por qué son así?

—Todos los hijos son así.

—No todos. Se parecen a ti. Por eso son así.

—¿Soy un desalmado?

—¿Cómo puedes decir que nuestros hijos no tienen corazón?

—No he dicho eso.

—Son egoístas. Como tú.

—Como tú.

—Como nosotros también.

—Como todo el mundo.

—No soy egoísta.

—No lo eres, querido.

—Tú tampoco.

—No, querido.

—Ponte los pendientes españoles. Toca algo de Chopin.

—No, querido. Quieres enfadarte, odiarme aún más.

—Esta noche no.

—¿Por qué no esta noche?

—Por los hijos.

—Nos necesitamos el uno al otro. Nosotros dos. No tenemos a nadie.

—Ni siquiera nos tenemos a nosotros mismos.

—Pensaremos que nos tenemos.

—Deberíamos pensar que sí.

—Y así es.

—Por supuesto que lo es.

—Y nuestros hijos son buenos.

—Puede que no sean buenos, pero nos quieren.

—Nos quieren, solo que no tienen tiempo.

—No tienen espacio. Aquello es estrecho. Y cada vez más.

—Se acerca el momento.

—¿Tienes miedo al cementerio? Está demasiado cerca de nosotros.

—Lo tengo. ¿Y tú?

—Yo también tengo miedo.

—¿De qué?

—Del cementerio, la muerte, la vejez, la vida.

—¿Quieres un poco de vino, querido?

—No quiero. Deja que duela. Cuando bebo, lo olvido y el dolor desaparece.

—Y deberías olvidarlo.

—No debería olvidarlo. No lo olvidaré. Si lo olvido, me reconciliaré con ello. Y no quiero reconciliarme. Quiero que sea lo que yo quiera.

—Quieres estar por tu cuenta, querido.

- Eso es asunto mío.
—Pero yo no quiero morir, querido.
—Lo sé. Nadie quiere.
—¿Por qué eres tan malo, querido?
—Porque me resulta duro.
—Entonces te será aún más difícil.
—Me voy de aquí.
—¿Adónde vas?
—A donde sea. Por el mundo.
—¿Quieres un poco de vino, querido?
—¡Venga!

Bebió y permaneció en silencio, observaba las luces de la ciudad, que se apagaban progresivamente, como él; pero no todas se apagaron, como tampoco él: lo mantenía la esperanza de que algún día se sentiría mejor.

Simplemente quería estar a solas, sin obligaciones, sin grilletes, sin estar encadenado a esta roca y a esta tristeza que le oprimía. No era un olivo que no se mueve del lugar que le corresponde durante toda una vida, sino un hombre al que no se le permitía echar raíces en ninguna parte.

Por la mañana, marchó a por los peces que se habían quedado atrapados durante la noche en las nasas y volvió desde la costa. No podía ir al mar porque estaba revuelto y se dirigió al pueblo a preguntar a los aldeanos más experimentados qué tiempo haría ese día y el siguiente.

Cuando se levantó, él no estaba en la cama ni en la habitación. No miró en la cocina. Se concedió a sí misma al menos un poco de esperanza.

«¿Dónde está? ¿En el mar?». Se había llevado los remos.

El mar estaba agitado, arreciaba contra las rocas, se rompía en fuertes salpicaduras y millones de gotas. Lo destrozaría también a él, lo despedazaría como con un martillo y unas tijeras, quedaría aplastado y amputado sobre las rocas

afiladas, el mar se lo tragaría con un solo sorbo, los peces se lo comerían, ni él ni ella comerían pescado nunca más.

Ella anduvo por la costa, las olas fuertes la salpicaban.

«¿Dónde estás, querido?».

«¿Dónde estás?».

Corrió por la costa: «¿Dónde estás?».

No estaba en ninguna parte: había esperanza.

Llegó al borde del acantilado: olas, tormenta, agua furiosa, nadie podría haberse librado de esa fuerza infernal. ¿Cómo se salvaría?

«¿Dónde estás?», con un grito agudo, ahogándose por la emoción.

Corrió por el bosque: «Tal vez está aquí».

«¿Dónde estás?».

No estaba en ninguna parte.

Si el mar no se lo devolviera, le prepararía un hermoso funeral, aunque fuera sin él. Traería dos sacerdotes para que le leyeran el responso, compraría la corona de flores artificiales más bonita para tirarla al mar y cada día llevaría un ramo de flores silvestres, en memoria del buen difunto. Cualquier cosa menos irse con los hijos. Aunque tal vez alquilaría un pequeño apartamento, viviría de la pensión, vendería ese lugar...

Sacó del fondo del bolsillo un viejo libro de oraciones, completamente carcomido, con las páginas ajadas; escrito de forma extraña, pero con el tiempo se había acostumbrado y solo lo sacaba en ocasiones excepcionales. Lo leía con devoción:

*Dios es amor;
y el que permanece en el amor
permanece en Dios,
y Dios en él.*

Pero cuando vio las largas piernas de Ivan en el banco de la cocina, inclinó humildemente la cabeza y dijo sumisa: «¡Gracias a Dios!».

Y se fue a soltar a las gallinas del gallinero detrás de la cocina de verano.